



QUIEN AMA A DIOS CONOCE A DIOS

Por Norma Novoa

“Los diversos senderos del conocimiento mental pueden conducirnos a la purificación, pero no otorgarnos el fruto de esa purificación, que es la Sabiduría de Dios; esa Inefable Sabiduría sólo nos la otorga la Devoción. Así pues, a través de la Devoción, se alcanza la Divina sabiduría”

Bhakti Sutras

Según el Areopagita todos los seres proceden de un “*éxtasis divino*”, del Amor de Dios. Habiendo nacido de este amor extático se debe volver hacia allí para unirse a lo “*Uno*”, en la unidad de su Amor mediante el “*eros*” (amor terrenal) que refluye hacia su fuente. Este refluir es un movimiento que consiste en la total abnegación de sí, en la salida de sí. De este modo se podrá ser poseído totalmente por Dios. Al iniciar su “*Teología Mística*” dice:

“Abandona las sensaciones y las operaciones intelectuales y todo lo sensible e inteligible y todo lo que no es y todo lo que es, y en la medida de lo posible déjate elevar, abandonándote, hacia lo (que está) más allá de toda esencia y de todo conocimiento; pues por medio de un éxtasis irresistible, limpiamente liberado de ti mismo y de todas las cosas, abandonándolo todo y liberándote de todo, serás elevado hacia la irradiación supraesencial de la divina tiniebla, a Dios mismo”.

Aquí la mente renuncia a sus formas habituales de pensar, simplificándose paulatinamente hacia lo “Uno”, así el espíritu iluminado por el deseo del amor y arrebatado por el conocimiento divino, conoce la Infinitud de Dios. Esto es permanecer quieto y recoger la mente en sí, lejos de toda preocupación mundana, sin permitir que ella vacile ante nada, haciendo que se mantenga firme en su único fin que es poner el pensamiento sólo en Dios en cada instante, constantemente en Él a toda hora, sin dejar penetrar en el corazón la imagen de ninguna cosa terrestre, con mente y sentidos como en presencia de Dios permanecer así. Tal como enseña Nuestra Madre:

“Cuando la mente calla, se eleva la sublime mudez del discernimiento. Este es el ojo de Dios fulgiendo sobre la criatura humana, es la Verdad que canta en el silencio, es la plenitud

de la Inteligencia Celeste desbordando su poder en la Vida”
(La Paz del Corazón)

Los Padres filocálicos afirman que en la vida del espíritu, sólo existe una única realidad: “*la de Dios que seduce y espera a su creatura para hacerla feliz en su Luz*” (Máximo el Confesor) que es la Luz del conocimiento, y sólo el amor de Dios es quien produce en nosotros esta luz, suave y firmemente, de modo que no haya nada mejor que Su amor divino. Esta luz del amor no se trata de una aparición visible, sino del efecto de Su presencia; la misma otorga una suerte de certeza que nos mueve a la búsqueda serena de Dios, que se encuentra en lo profundo del corazón. Máximo enseña que el amor a Dios es una disposición del alma por la cual se aprecia más el Conocimiento Divino que cualquier otra cosa, una vez que haya experimentado la fuerza del Amor Divino, el hombre se sentirá incitado por el amor de este Conocimiento y por lo tanto se aferrará constantemente a él con la certeza de conocer hacia dónde se dirige. Cuando el espíritu es trasportado por el fervor del amor, parte hacia Dios, sin darse cuenta de sí mismo ni de cosa alguna. Se encuentra iluminado por la luz infinita de Dios, no percibe ninguna de las criaturas, como le sucede a nuestros ojos sensibles que no ven las estrellas cuando sale el sol. Sólo con una mente carente de pasiones es que el alma se encuen-

tra con Dios, con Su Amor infinito, que ama a todos por igual. Quien alcanza esta perfección se asemeja en lo que Dios tiene de más propio, su amor bienaventurado. Máximo dice que así como la luz del sol atrae al ojo sano, así el conocimiento de Dios atrae naturalmente al espíritu puro:

“Espíritu puro es aquel que se ha apartado de la ignorancia y es iluminado por la luz divina. Alma pura es aquella que, libre de pasiones, está siempre llena de alegría por el amor divino”.

Todo aquello que nos ha afectado deja en nosotros imágenes apasionadas. Solamente cuando uno vence estas imágenes apasionadas, desaparecen los objetos que las originan. La atención constante es fundamental, la disciplina espiritual sería inútil si no estuviéramos siempre alerta, atentos a los movimientos de la mente. Los autores filocálicos sostienen que es más difícil es luchar contra los recuerdos que contra los objetos mismos, por su parte, Máximo sostiene que la memoria comienza trayendo al espíritu un pensamiento simple, si éste se demora, se despierta la pasión, y si ella no es apartada, impulsa al espíritu al consentimiento y, acto seguido, el alma se aparta de Dios. Para no apartarnos de Él es fundamental aquietar nuestra mente.

La vida espiritual consiste en el trabajo de purificación, y este trabajo no es un mero ejercicio exterior sino un paulatino volver el espíritu hacia el interior, debemos enfocarnos con todas nuestras fuerzas para que las actividades interiores se ajusten a Dios, se adhieran con firmeza a Él, sólo a Él y así desaparecerán todas las pasiones exteriores. Los Padres enseñan que la ciencia de la Verdad es, esencialmente, amar a Dios Nuestro Señor con todo nuestro corazón, con todas nuestras fuerzas. Santuario verdadero es el corazón sin pensamientos, movido por el Amor a Dios. Diadoco de Fótice enseña que el camino espiritual es un itinerario que va de lo visible a lo Invisible, se debe aprender a dejar de detenerse en lo exterior para prestar más atención a lo interior y ver allí al Invisible, Dios reside en la profundidad del alma, por ello desde las mismas profundidades de nuestro corazón sentimos como brotar el deseo divino, cuando recordamos a Dios fervorosamente, y el recuerdo de Dios mantiene vivo el amor a Él. El amor es inseparable del conocimiento. Y el que logra amarLo nunca caerá en las redes de la mente. Porque como dice Evagrio Póntico:

“¿Qué otro bien si no Dios? Dejémosle a Él todo lo que nos concierne y eso estará bien para nosotros. Pues Aquel que es absolutamente bueno es el que nos provee de buenos regalos.”

Y Nuestra Madre enseña en los Bhakti Sutras:

“A Dios no le importa nuestra pequeñez o nuestra debilidad. A Dios le importa solo una cosa: nuestro Amor por Él. Ni siquiera le importa nuestra fe. A Él le importa nuestro Amor... Sólo le importa nuestro Amor...”

*Por la Prof. Norma Novoa
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*
